

26 AGOSTO 2018
DOMINGO 21-B



1. CONTEXTO

CRISIS

No es fácil analizar lo que está sucediendo. El momento actual es complejo y está lleno de tensiones y contradicciones. No todos hacen la misma lectura, pero casi siempre se pronuncia una palabra: **crisis**.

La crisis afecta a todos los sectores de la vida: hay crisis metafísica, cultural, religiosa, económica, ecológica. Está en crisis la familia, la educación y las instituciones sociales de otros tiempos. **La razón** no nos está llevando a una vida más digna y humana; **la ciencia** no nos dice ni cómo ni hacia dónde hemos de orientar la historia; el **progreso** no es sinónimo de felicidad para todos.

Emerge una cultura plural y difusa en la que las grandes tradiciones culturales, religiosas y políticas van perdiendo la autoridad que han tenido durante siglos. Se ponen en cuestión los sistemas de valores que configuraban en el pasado el comportamiento ético. **Crece la indiferencia ante lo religioso, lo metafísico y lo político.** Se ha dejado de creer en «las antiguas razones de vivir». Vivimos una situación inédita: los antiguos puntos de referencia parecen inadecuados y los nuevos no están todavía bien dibujados. La actitud más generalizada ante el futuro es la **incertidumbre y una difusa inquietud**. Para captar mejor la profundidad de esta crisis, podemos recordar algunos rasgos básicos.

En primer lugar, **el descrédito y la desconfianza**. No resulta fácil creer en el pensamiento humano. No es fácil tampoco creer en el progreso humano cuando el cinismo económico de los países más avanzados mantiene en el hambre y la miseria a un tercio de la Humanidad.

Por otra parte, se experimenta como nunca la **fragmentación**. No se aceptan los grandes relatos de salvación, las grandes síntesis, los sistemas unificadores, las grandes religiones. Ya no es posible un mundo en común. En adelante se vivirá en el pluralismo. La existencia es multiplicidad, diversidad, diferencia. La verdad está en el fragmento.

La crisis genera como fruto espontáneo el **nihilismo** que podríamos considerar como la actitud que renuncia a buscar los «por qué» de la existencia. Otro rasgo a tener en cuenta es el **fatalismo**. Estamos inmersos en un proceso que nos parece imposible detener o modificar. No se cree apenas en la capacidad de intervención del ser humano. La historia parece sometida a fuerzas anónimas que nos superan.

Sin embargo, bajo estos indicios visibles de crisis religiosa, se está produciendo algo mucho más radical: lo que *J. B. Metz* ha llamado **«crisis de Dios»**. Dios ha dejado de ser el fundamento del orden social y el principio integrador de la cultura. De una afirmación social masiva, pública e institucional de Dios se ha ido pasando a una situación de indiferencia cada vez más generalizada. La cuestión de Dios ni atrae ni inquieta. Sencillamente deja indiferente a un número cada vez mayor de personas. Esta «crisis de Dios» no parece un hecho pasajero.

La proliferación de nuevos movimientos religiosos ha podido hacer pensar que «Dios vuelve». No es así. Las nuevas tendencias religiosas no remiten, en general, a una Transcendencia que el ser humano ha de reconocer, sino que encierran al individuo en sí mismo (adquisición de una nueva conciencia, iluminación, iniciación esotérica, vacío mental...).

Vivimos inmersos en una **cultura de la «intranscendencia»** que encadena a la persona al aquí y al ahora haciéndoles vivir sólo para lo inmediato, sin apenas necesidad alguna de abrirse a la Transcendencia.

Respiramos una **cultura del «divertimiento»** que arranca a los individuos de sí mismos haciéndoles vivir en el olvido de las grandes cuestiones que lleva en su corazón el ser humano. Nos alimentamos de **una cultura del «tener»** que desarrolla el espíritu de posesión, incapacitando a las personas para todo aquello que no sea disfrute inmediato.

Tampoco es difícil constatar que **lo religioso se va reduciendo a un sector cada vez más restringido**. La experiencia religiosa va quedando confinada al interior de las iglesias. El sector de practicantes es cada vez más minoritario y está constituido en buena parte por personas de edad avanzada, transmitiendo **la imagen de una «religión terminal»** que no pertenece a nuestros tiempos sino al pasado.

La adhesión a una religión es cada vez menos firme y más abierta a posibles combinaciones. La gente se siente cada vez menos obligada a dar cuenta de sus referencias o actitudes religiosas. **Se puede creer sin pertenecer institucionalmente a una Iglesia.**

Va creciendo **la ambigüedad de la figura del cristiano**. Hace unos años el perfil de cristiano estaba claramente definido por su adhesión a la doctrina cristiana, su aceptación de la moral y la práctica cultural. Hoy todo se ha desdibujado. Por otra parte, los católicos no forman

ya un todo homogéneo. La *situación* se va haciendo cada vez más **compleja y diversificada**. No todos extraen de la fe las mismas conclusiones de cara a las opciones y los comportamientos. No todos se relacionan de la misma manera con la institución ni se sienten vinculados a ella en el mismo grado.

Son cada vez más amplios los sectores que **perciben a la Iglesia de manera negativa**. Se la percibe también como una institución autoritaria, poco democrática, con métodos de gobierno de una rigidez poco evangélica. Se considera que es una Iglesia condenadora, que no sabe reanimar la mecha que humea ni suscitar esperanza en quienes buscan a Dios, que no ofrece la imagen del Dios de la gracia y de la misericordia revelado en Cristo, sin la debida actitud dialogante y comprensiva, de una intransigencia moral excesiva (divorciados, homosexuales); que cultiva la sospecha y la desconfianza sobre quienes buscan caminos nuevos. Dicho en pocas palabras, está aumentando el número de los «decepcionados» por la Iglesia.

En este contexto, la crisis religiosa se va deslizando hacia una «indiferencia» cada vez mayor.

CLAVES PARA UNA EVANGELIZACIÓN MISIONERA EN LA SOCIEDAD ACTUAL. J. A. Pagola (Extracto)
<http://www.redescristianas.net/claves-para-una-evangelizacion-misionera-en-la-sociedad-actual-ensayo-de-busquedajose-antonio-pagola/>

2. TEXTOS

1ª **LECTURA: JOSUÉ 24,1-2.15-18**

En aquellos días Josué reunió a todas las tribus de Israel en Siquén. Convocó a los ancianos, jefes, jueces y escribas, y en presencia del Señor dijo a todo el pueblo:

«Esto dice el Señor, Dios de Israel: Vuestros padres, Téraj, padre de Abrahán y de Najor, vivían antiguamente al otro lado del río Éufrates y adoraban a otros dioses. Si no os parece bien servir al Señor, escoged hoy a quién queréis servir, si a los dioses a los que sirvieron vuestros padres al otro lado del río o a los dioses de los amorreos, cuya tierra ocupáis; yo y mi casa serviremos al Señor».

El pueblo respondió: «Lejos de nosotros abandonar al Señor para servir a otros dioses, porque el Señor es nuestro Dios; él nos sacó a nosotros y a nuestros padres de Egipto, de la casa de la esclavitud; ha realizado ante nuestros ojos estos grandes prodigios y nos ha protegido durante todo el camino que hemos recorrido y en todos los pueblos por los que hemos pasado. Nosotros serviremos al Señor, porque él es nuestro Dios».

Josué organiza la gran asamblea de Siquén, como la reunión constitutiva del pueblo de las tribus. **Es el punto de partida de un movimiento nuevo que arranca del Éxodo**. El pueblo debe aceptar su nueva identidad teológica, social, cultural. Es fundamental identificar al Dios del Éxodo: el que ve la opresión del pueblo, el que oye el grito de dolor y conoce sus sufrimientos, el que está decidido a bajar para librarlo del poder de los opresores (Ex 3,7-8). **El Dios de sus Padres, el Dios de la Historia**.

Es probable que en su origen esta asamblea de Siquén fuera el momento en el que el grupo capitaneado por Josué **propuso la fe en el Dios del éxodo a otros grupos que no habían estado en Egipto**.

SALMO RESPONSORIAL: SAL 34

R/. Gustad y ved qué bueno es el Señor.

Bendigo al Señor en todo momento, su alabanza está siempre en mi boca; mi alma se gloria en el Señor: que los humildes lo escuchen y se alegren.

Los ojos del Señor miran a los justos, sus oídos escuchan sus gritos; pero el Señor se enfrenta con los malhechores, para borrar de la tierra su memoria.

Cuando uno grita, el Señor lo escucha y lo libra de sus angustias; el Señor está cerca de los atribulados, salva a los abatidos.

Aunque el justo sufra muchos males, de todos lo libra el Señor; él cuida de todos sus huesos, y ni uno solo se quebrará.

La maldad da muerte al malvado, y los que odian al justo serán castigados. El Señor redime a sus siervos, no será castigado quien se acoge a él.

2ª **LECTURA: EFESIOS 5,21-32**

Hermanos, respetaos unos a otros por fidelidad a Cristo. Que las mujeres sean sumisas a sus maridos como si se tratara del Señor; porque el marido es cabeza de la mujer, del mismo modo que Cristo es cabeza de la Iglesia, cuerpo suyo, del cual él es el Salvador.

Así como la Iglesia está sujeta a Cristo, así también las mujeres lo deben estar a sus maridos en todo. Maridos, amad a vuestras esposas, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó él mismo por ella, a fin de santificarla por medio del agua del bautismo y de la palabra, para prepararse una Iglesia gloriosa, sin mancha ni arruga ni cosa parecida, sino santa y perfecta.

Así los maridos deben también amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer se ama a sí mismo. Porque nadie odia jamás a su propio cuerpo, sino que, por el contrario, lo alimenta y lo cuida, como hace Cristo con la Iglesia, pues somos miembros de su cuerpo. Por eso el hombre dejará a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos serán una sola carne. Éste es un gran misterio, que yo aplico a Cristo y a la Iglesia.

Entre las normas de conducta que se recomiendan encarecidamente a los cristianos, se pone énfasis especial **en una serie de consejos prácticos para la convivencia familiar**. Algunas afirmaciones en **relación con la mujer**, y que a primera vista pueden parecer discriminatorias, han de **entenderse en el contexto sociocultural en que se escribe la carta**. Su autor parte de la situación de su tiempo, en la que el hombre tenía el papel directivo y moderador y la mujer le estaba subordinada.

Es claro que hoy Pablo no se habría expresado en esos términos. El apóstol tenía muy clara la **idea de la igualdad del hombre y de la mujer, de sus derechos y obligaciones** (Gal 3,28). Pero su aplicación práctica en todas sus consecuencias y detalles no era fácil en aquella sociedad en la que se infravaloraba tanto a la mujer.

EVANGELIO: JUAN 6, 60-69

60-62 *En aquel tiempo muchos de los discípulos de Jesús, al oírlo, dijeron: «Esto que dice es inadmisibles. ¿Quién puede admitirlo?». Jesús, conociendo que sus discípulos hacían esas críticas, les dijo: «¿Esto os escandaliza? ¡Pues si vierais al hijo del hombre subir adonde estaba antes!*

Las exigencias propuestas por Jesús en la perícopa anterior provocan fuerte resistencia entre los discípulos, qué las consideran excesivas. Han interpretado mal la muerte que anunciaba Jesús, considerándola una debilidad y un fracaso. **Jesús no ha venido a dar «cosas», sino a darse él mismo a la humanidad.** Por eso el pan que daba contenía su propia entrega, era la señal que la expresaba. También el discípulo debe considerarse a sí mismo como «pan» que hay que repartir. Sólo el que no tema perderse encontrará su vida. En toda esta pequeña sección **no se hace referencia a la eucaristía, sino al misterio mismo de Jesús.**

Los interlocutores de Jesús a lo largo de todo el relato: **la gente** (Jn 6,22), **los judíos** (Jn 6,41) y **los discípulos**, que después le abandonan, son las mismas personas con distintos nombres. Los distintos nombres designan a aquellos que **se entusiasmaron** con Jesús en un primer momento, considerándole como un profeta de Nazaret, hijo de José (Jn 1,45; 6,42), pero que no se decidieron a dar el paso requerido por la fe cristiana: **la aceptación de Jesús como el Hijo de Dios, el que ha venido de arriba, el pan de vida, el Revelador.**

63-64 *El espíritu es el que da vida. La carne no sirve para nada. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida. Pero entre vosotros hay algunos que no creen». (Jesús ya sabía desde el principio quiénes eran los que no creían y quién lo iba a traicionar).*

El Espíritu es la fuerza del amor, que procede del Padre (15,26) y es Dios mismo (4,24). **El es vida y la comunica.** La "carne" sola, sin fuerza ni amor, no es capaz de crear nada. El hombre no acabado es débil y sus empresas no tienen consistencia.

Pero la carne con el Espíritu dará la plenitud al hombre. **La salvación que trae Jesús se basa en la vida nueva que él comunica con el Espíritu.** De ese hombre nuevo brotara la sociedad nueva, que será expresión de vida y de entrega.

Pero Jesús no se hace ilusiones con su grupo. **Los seguidores solo son simpatizantes.** Al llegar esta crisis, va a revelarse quienes son los verdaderos seguidores. El sabe incluso que uno de ellos lo va a entregar. Veía en Judas un hombre que, por profesar los valores del "mundo", no asimilaba su mensaje. Pero cuenta con la libertad de cada uno y la respeta.

65-66 *Y añadió: «Por esto os he dicho que nadie puede venir a mí si no le es dado por el Padre». Desde entonces muchos de sus discípulos se volvieron atrás y no andaban con él.*

Jesús no se hace ilusiones acerca de su grupo; no por el hecho de estar con él aceptan todos su línea. **Hay resistencias y seguimiento puramente exterior.** Al llegar esta crisis, va a revelarse quiénes son los verdaderos seguidores.

El Padre concede el encuentro con Jesús a los que han aprendido de él y se han dejado impulsar por él hacia Jesús (6,44). Y el encuentro con Jesús se identifica con la recepción del Espíritu. Los discípulos disidentes habían limitado su visión al horizonte de la "carne", es decir, al hombre sin Espíritu; no pueden aceptar la propuesta de Jesús, que consideran excesiva para las fuerzas humanas.

A pesar de la explicación, la mayor parte abandona a Jesús definitivamente. La propuesta de renunciar a la ambición personal y estar dispuesto, en cambio, a un servicio sin reservas, provoca en ellos absoluto rechazo

67-69 *Jesús preguntó a los doce: «¿También vosotros queréis irnos?». Simón Pedro le contestó: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna. Nosotros creemos y sabemos que tú eres el santo de Dios».*

En esta situación difícil, Jesús se dirige a los Doce. Este número aparece aquí por primera vez referido a los discípulos. Jesús les pregunta cuál es su opción; no acepta componendas. El tenor de la pregunta muestra que está dispuesto a quedarse sin discípulos antes que renunciar a su línea. **Para él no existe salvación para la humanidad fuera de la entrega por amor**, tal cual se expresa en su persona como realización del amor del Padre. Todo otro proyecto, por brillante que parezca, deja al hombre en la mediocridad y, por lo mismo, termina en el fracaso.

La grave pregunta de Jesús suscita una reacción en el grupo de los Doce. En representación de todos (plural: ¿con quién nos vamos a ir?), responde Simón Pedro. **Los Doce comprenden que fuera de Jesús no hay esperanza.** No hay otro que pueda tomar su puesto.

El cuarto evangelio no se interesa en absoluto por los Doce (los menciona únicamente aquí y en Juan 20,24). **¿Por qué les da en este texto tanta importancia?** La comunidad joánica estaba discriminada, era perseguida, se habían producido en ella rupturas y abandonos. En esta situación, era lógico que surgiera el interrogante inevitable: **¿no seremos nosotros los equivocados?** La respuesta a este interrogante únicamente podía darla la Iglesia oficial, representada por los Doce, a cuya cabeza está Pedro. Esta fue la razón de añadir aquí algo muy importante, pero que, en el contexto de Jn 6, es un apéndice.

La manifestación de Pedro, en cuanto representante de los Doce, **es la versión "joánica" de lo que conocemos como "la confesión de Cesárea de Filipo"** (Mc 8,27-30 y par.). Pedro no confiesa a Jesús como el Mesías, ni como el Hijo del hombre o el Hijo de Dios; en este pasaje de Juan **presenta a Jesús como el Santo de Dios. Las exigencias de Jesús no son** una doctrina que pueda separarse de su persona, pues en ellas expresa él su propia actitud.

3. PREGUNTAS...

1. «Esto que dice es inadmisibile. ¿Quién puede admitirlo?».

También nosotros hemos tenido **rechazos, crisis de fe**, cuando el Señor nos ha pedido algo que no nos gusta. También en nosotros hay **resistencias al evangelio** cuando hemos visto claro un compromiso que nos lleva más allá de nuestra rutina religiosa.

Las pruebas y las tribulaciones, las dudas y las deserciones, están ahí, en cada esquina de nuestros días. Ante ellas podemos optar por la huida, el desfallecimiento y la depresión o bien pedir fuerzas y encararlas con fe. Es así como crecemos, en cualquier aspecto de la vida. El Señor nos dará la fuerza. En casi todos los salmos hay gritos de ayuda y reconocimiento al Señor que socorre y protege.

Hay que optar. Mientras no nos unamos a Jesús en la tarea de transformar este mundo, llenándolo de vida mediante la práctica del amor, estaremos renunciando a nuestra fe. Ahí empieza la debilidad para afrontar los retos. Nuestra tarea, pues, es bien clara: cambiar las cosas desde el amor, porque el amor todo lo cambia.

- **Ante las pruebas y dificultades ¿qué camino tomo, el de la huida o el de la confianza y petición de fuerzas para encararlas?**

2. Las palabras que os he dicho son espíritu y vida.

Por primera vez experimenta Jesús que sus palabras no tienen la fuerza deseada. Sin embargo, no las retira sino que se reafirma más. Sus palabras parecen duras pero transmiten vida, hacen vivir pues contienen Espíritu de Dios.

Jesús introduce en quienes le siguen un espíritu nuevo; sus palabras comunican vida; el programa que propone puede generar un movimiento capaz de orientar el mundo hacia una vida más digna y plena.

Me acuerdo de aquel estribillo de una canción italiana que tuvo tanto éxito: "*Parole, parole, parole*". Y que vendría bien cantarla ante tantos discursos huecos, tantas conversaciones banales, tanta verborrea innecesaria, que padecemos hoy.

Esta «inflación de la palabra» ha penetrado también en algunos sectores de la Iglesia. Hoy los eclesiásticos y los teólogos hablan y escriben mucho. Quizá más que nunca. La pregunta que nos hemos de hacer es sencilla: ¿Qué capta la gente en nosotros?, ¿palabras «llenas de espíritu y vida», como eran las de Jesús, o palabras vacías?

Uno de los mayores servicios que podemos realizar en la Iglesia es poner la persona y el mensaje de Jesús al alcance de los hombres y mujeres de nuestros días. Ponerles en contacto con su persona. La gente no necesita escuchar nuestras palabras sino las suyas. **Sólo ellas son «espíritu y vida».**

- **¿No es ya el momento de manifestar con hechos que esas palabras del evangelio es lo que me da la vida?**

3. «¿También vosotros queréis irnos?»

Deserciones. ¡Cuánta gente ha dejado la Iglesia en estos últimos años! Y yo me pregunto, por el grado de responsabilidad que me toca: **¿con una iglesia diferente**, más cercana a los problemas de la gente, menos autoritaria y engreída, más servidora y humilde, más acogedora y compasiva, con una iglesia así, se irían? Es verdad que al final son las decisiones personales, la libertad de cada cual, lo que cuenta. **Pero el testimonio** de los de dentro, de cada uno de nosotros, es lo que atrae, es lo que deja ver el evangelio, el 5º evangelio que cada uno escribe cada día.

Jesús no se impone. Lanza la pregunta provocadora y espera. Espera nuestra decisión. Siempre nos deja una puerta abierta, tanto para irnos como para volver. Nos pide respuesta seria y firme. Y nos ofrecerá apoyo, **porque la fe**, como nos dice el hermano Roger de Taizé, tiene una profundidad que supera la inteligencia y las emociones. La fe se enraíza en esas profundidades donde «el abismo llama al abismo» (Salmo 42,7), allí donde el abismo de nuestra condición humana toca el abismo de Dios. «Nadie puede venir a mí si el Padre que me envió no lo trae» (Juan 6,44). La fe nace inseparablemente de la acción de Dios y del querer humano. Nadie no cree contra su agrado. Tampoco nadie cree sin que Dios le conceda creer.

¿A quién iremos? Ya hemos ido a tantos sitios... y no hemos encontrado nada que de sentido y llene nuestro corazón. Eran luces cegadoras de un día, eran ofertas atractivas pero al final, todas vacías.

En tantos momentos de desolación, de búsqueda, de sufrimientos... ¿puedo decir como Pedro: Señor, a quien iremos si solo tú tienes palabra de vida eterna?

Una oración para rezarla cada noche:

*"Creo en ti, Jesús, mi impulso y mi destino, mi punto de partida, mi horizonte, mi sueño y mi término seguro. Nadie como tú me ha convencido. Nadie como tú marcó mi vida. A ti me arrimo. Te conozco. Te quiero y necesito. Te espero y acompaño. De ti me fío. A ti me entrego.
Y me unges de nuevo la vida con tu gracia. (Arbeloa)*

Juan García Muñoz (jngarcia@gmail.com)
Parroquia San Pablo. HUELVA. ESPAÑA
<http://www.escuchadelapalabra.com/>